

Existía en la naturaleza de Iwan tal mezcla de grandeza y de pequeñez, de crueldad y hombría de bien, de espontaneidad y de método, y cambiaba tan bruscamente de pasiones y sentimientos, que era imposible seguirle en las variaciones de su carácter. El Jesuita, como confiesa él mismo, había adivinado el instinto de la civilización bajo la corteza grosera del tártaro; y que había una buena dosis de cálculo y arte en aquellas salidas que hacían que no se le pudiese coger nunca, y que le permitían á veces hacerse señor de sí mismo, al paso que dominaba á los demás por medio del orgullo y del terror. Acababa de cortar la conferencia sobre la unión de ambas Iglesias, y después volvió á entablarla sobre el mismo asunto; propuso dudas, suscitó objeciones, y se improvisó á su manera historiador del establecimiento del cristianismo y de la autoridad pontificia. Los herejes ingleses habían despertado en su alma aquella aversión á la Iglesia latina tan natural á todos los griegos; así es, que cuando Possevino empezó á corregir sus juicios y los errores en que se hallaba sumido, lanzándose Iwan de su trono, pálido de cólera, exclamó: «Tened entendido que el Pontífice de Roma no ha sido jamás el pastor de la Iglesia.—Siendo así, replicó el Jesuita, ¿por qué habeis recurrido á él en vuestras necesidades? ¿Qué hago yo aquí? ¿Para qué le dísteis poco há, como lo han hecho vuestros predecesores, el nombre de Pastor universal que al presente le disputais?»

El Czar tenía en la mano aquel cetro tantas veces deshonrado, y todavía humeante de la sangre de su hijo; enfurecido hasta lo sumo le agitó sobre su cabeza, y lanzándole en seguida á sus piés, como un hombre que sale victorioso de una lucha interior, exclama: «¿Os atreveis á olvidar de ese modo el respeto que se me debe?» El Jesuita, que ya había hecho el sacrificio de su vida, no consintió en hacer el de su fe y su honor, contestó con cierta deferencia mezclada de energía, continuando en seguida la discusión teológica. Basilowicz, que no había podido aterrar ni confundir al Padre, intentó al menos comprometerle, obligándole á asistir en compañía suya á las ceremonias de la Iglesia griega, esperando hacer que el Legado besase públicamente la mano al patriarca moscovita, para en seguida esparcir el rumor de que el Pontífice romano se había sometido al pontífice ruso. Possevino se resistió á todas las proposiciones que le hizo el Czar con este

intento; y luego que estos dos hombres tan sagaces el uno como el otro, aunque por medios bien diferentes, se hubieron convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, solicitó el primero su audiencia de despedida. El Príncipe había exigido la mediación del Papa, y comprendió por lo tanto que se hacía indispensable una nueva embajada para dar las gracias á la Santa Sede y á la Compañía de Jesús: iba ya á sonar la hora de la separación, y como las disensiones que habían estallado durante la mansión del Jesuita en Moscú estaban ya acalladas, colmó al embajador apostólico de ricos presentes, que este distribuyó entre los pobres, acción que no fue uno de los menores motivos de asombro para el Czar y su corte, prodigios ó avaros á medida de las circunstancias. El Jesuita partió, por último, hácia fines de abril en compañía de los enviados rusos, quienes, luego que terminaron su viaje, entregaron á Gregorio XIII la carta siguiente del rey su amo:

«El gran señor, emperador y gran duque, Iwan Basilowicz, autócrata de la grande, pequeña y blanca Rusia, Moscovia, Kiovia, Wolodmiria, czar de Cassan y Astracan, etc., etc.

«Os hemos escrito, papa Gregorio, para que sepais que hemos recibido y hecho leer con mucho júbilo y placer las cartas que nos habeis remitido por medio de vuestro nuncio Antonio Possevino, y no le hemos tenido menor al saber por su misma boca la idea que habiais concebido de formar una estrecha alianza, con el objeto de oponernos á los infieles. Hemos recibido al referido Nuncio con toda la benevolencia posible, dándole contestaciones favorables, ora por Nos mismo, como por medio de nuestros senadores, respecto á todo aquello que podía desear.

«Es nuestro intento unirnos estrechamente con vos, soberano Pontífice y doctor de la Iglesia romana, con nuestro hermano el emperador Rodolfo, y con todos los monarcas cristianos, para hacer de manera, como ya os lo hemos escrito por nuestro embajador Tomás Severigino, que la cristiandad permanezca tranquila y libre de cuantos insultos pudiera tener de los infieles, y para que la sangre de los cristianos no sea derramada, como todavía lo era, cuando ha llegado aquí de parte vuestra Antonio Possevino. En cumplimiento de vuestras órdenes, soberano pontífice Gregorio, no ha cesado de efectuar diferentes viajes, tanto al lugar de nuestra residencia, como al de la del rey

«Esteban, para impedir que se continuase derramando mas sangre; de manera que por sus desvelos han convenido nuestros embajadores con los del rey de Polonia en una tregua de diez años. Así es, que habiendo regresado por segunda vez á nuestro reino, el ya mencionado Antonio Possevino, le tornamos á enviar á vuestra Santidad, acompañado de nuestro embajador Jacobo Molvinien y de Basilio Tissin nuestro vicesecretario, tanto para saludaros, como para solicitar vuestra amistad.

«Respecto á lo que nos habeis escrito sobre la alianza que deseais contraer con Nos, ya habíamos nombrado con el mismo objeto, hace algunos años, varios embajadores ó internuncios cerca del emperador Maximiliano y de Rodolfo su hijo, quienes tambien quisieron enviarnos los suyos para el mismo fin, aunque todavia no han llegado. De manera, que luego que se haya presentado en Roma vuestro legado Antonio Possevino, junto con nuestro embajador Jacobo Molvinien, ó Gregorio, soberano Pontífice y doctor de la Iglesia romana, y hayais tomado vuestras medidas con el emperador Rodolfo y demás príncipes cristianos, sobre la union que debe existir entre nosotros, y cuando, por último, nos hayais informado de ello por una nueva legacion, no dejaremos de tomar con nuestros senadores las medidas que juzguemos oportunas para el mismo fin.

«En cuanto á las demás cosas que nos ha propuesto el referido Nuncio de parte vuestra, hemos contestado personalmente, ó por medio de nuestros senadores, y en particular por nuestro consejero Matías, hijo de Jorge Zacharin, gobernador de Novogorod.

«Hemos recibido tambien con placer de manos del mismo el libro del concilio de Florencia traducido al griego. Por último, en lo que respecta al negocio de la Religion de que nos habeis enterado, y sobre el que ha tenido varias conferencias con Nos el mencionado Antonio Possevino, él mismo os referirá la contestacion que le hemos dado. Y cuando vos, Gregorio XIII, Papa, soberano Pontífice, pastor y doctor de la Iglesia, hayais leído nuestros despachos que os remitimos por medio de nuestro embajador Jacobo Molvinien y Basilio Tissin, nuestro vicesecretario, remitidnos al uno y el otro haciéndonos saber por su mediacion la respuesta clara y exacta de cuanto deseais que sepamos.

«Escrito en el palacio de nuestra ciudadela de Moscou, año de la creacion del mundo 7900 en el mes de marzo, indiccion 10, 48 de nuestro imperio, 33 de nuestro reinado de Rosic, 30 del de Cassan y 28 del de Astracan.»

Como la legacia de Possevino en Rusia habia sido coronada de un éxito tan brillante, no consintió la Santa Sede en privarse de semejante negociador. La herejia habia invadido sordamente la Livonia y la Transilvania; urgia por lo tanto oponer á sus progresos una elocuencia y una pluma experimentadas; era preciso guiar á Esteban II á través del laberinto de acriminaciones é imputaciones que suscitaban los sectarios: el Papa eligió de nuevo á Possevino, quien obedeciendo gustoso, y atravesando á pié aquella distancia casi interminable entonces, llegó á la corte de Polonia, y se dirigió en seguida á la Transilvania. Ya el Instituto habia erigido algunas casas en estas comarcas del Norte; mas el celo de los Padres no bastaba para comprimir las divisiones que hacia pulular el espíritu de innovacion. El rey Bathori esperaba calmar semejantes disensiones con la llegada de Possevino, y verdaderamente no fue defraudado en su esperanza.

Existian en estas provincias doctores de todas las sectas, apóstoles de todos los cultos, y discípulos de todos los maestros; era una mezcla de Arrianos, Anabaptistas, Luteranos y Calvinistas, que en su mayor parte aprendian su ciencia de las lecciones de Jorge Blandrata. Ofrecióles Possevino abrir algunas conferencias en Hormanstadt, donde convenció á unos de error, á otros de ignorancia, y á todos de mala fe. Para dejar una huella de su paso en aquellas ciudades entregadas á la duda, dió mayor extension á los colegios ya creados, y fundó un nuevo seminario en Klausenburgo. En 1583 asistió á la gran dieta de Varsovia, donde secundado por el cardenal Radzinell, por el arzobispo primado de Guesen y por el canciller Zamoski, la hizo tomar determinaciones favorables á la fe católica. Mas, como la pujanza de la Polonia, que desarrollaba con tanto esplendor la bravura de sus hijos y la sagacidad de su rey, venia á ser un continuo objeto de alarma para el emperador de Alemania, se empezaban á observar ciertos síntomas de rivalidad y discordia, y la menor ocasion podia bastar para encender una guerra entre Rodolfo y Bathori. El Pontífice, que aspiraba á conjurar la tempestad, se hizo elegir mediador de ambos monarcas, quienes de comun acuerdo y por una misma

acta, declararon que aceptaban á Possevino en calidad de representante suyo.

La influencia que el Jesuita se habia conquistado, y que reflejaba de consiguiente sobre la Compañía, era un hecho de demasiado bulto para no llamar la atencion de los sectarios. Ellos fomentaban las divisiones del Norte, y Possevino iba á destruir y á arrebatárselos quizás en pocos dias el trabajo de muchos años. Aceptaron el combate; mas no pudiendo atacar ni su saber ni su moderacion y desinterés, le tomaron sin embargo por su cuenta, y en presencia de los príncipes alemanes, tan orgullosos en lo concerniente á las prerogativas de la cuna, empezaron á proclamar que seria una cosa degradante para ellos el ver discutidos los intereses del imperio por un pobre religioso, cuyo nacimiento era tan oscuro como su nombre. En presencia de los polacos, tan susceptibles en este punto, tacharon de altanería y desprecio la rapidez con que el Jesuita desenvolvía los asuntos mas complicados, y resolvía los mas arduos negocios: de manera que en ambos campamentos trataron de acusarle; en el uno de parcialidad por la Alemania, y en el otro de favorecedor de la Polonia. El Jesuita continuaba, no obstante, sus tareas diplomáticas, sosteniendo con mano firme la balanza de la justicia; mas á pesar de eso, habian hallado eco hasta en Roma las insinuaciones de los Protestantes. El General de la Orden, Claudio Aquaviva, llegó á concebir recelos, y juzgando que el objeto para que se habia fundado la Sociedad de Jesús no era el de coadyuvar á miras puramente políticas, sino el de hacer que triunfase la causa de Dios; imaginando por otro lado que semejantes negociaciones podian inspirar á los Jesuitas cierto apego al mundo, incompatible con sus votos, y figurándosele, por último, que los asuntos exteriores pudieran lanzarlos un dia á una nueva senda, cuyos resultados tuviera que deplorar el Instituto y la Iglesia entera, dió parte á Gregorio XIII de sus temores y de su resolucion.

«No quiere decir que yo tema los aplausos que el mundo tributa á Possevino, conozco demasiado su virtud; pero hay un peligro para la Compañía entera, y vuestra Santidad debe librar-nos de él.» El Pontífice accedió al deseo de Aquaviva, autorizándole para escribir al Legado, que la Santa Sede abrigaba idénticas ideas á las del jefe de la Orden. Recibió Possevino el mandato del General con el mismo placer que si hubiese sido un

aviso del cielo: habia obedecido cuando le mandaron inmiscuirse en las disidencias é intereses de los príncipes, y queria obedecer, abandonando todos estos afanes que habian engrandecido su ingenio y difundido sobre su nombre un extraordinario esplendor.

Retiróse de las cortes como habia entrado en ellas, sin manifestar un deseo ni un sentimiento; y tomando entonces en su mano el báculo del peregrino y la cruz del misionero, se puso á evangelizar en las aldeas y campiñas, á propagar la ilustracion en las ciudades, y á cubrir el Norte con sus escritos, en que refutaba los sofismas de la herejía. Como sus fuerzas no se hallaban agotadas por el trabajo, trató de cultivar el nuevo campo que se le habia franqueado, como hombre que conoce el precio de los instantes, visitando la Sajonia, la alta Hungría, la Bohemia y la Livonia. En medio de este incesante apostolado, recibió orden de pasar á hacer su profesion á Padua, á donde llegó en 1587; y allí en aquella ilustre universidad que le cuenta con orgullo entre sus profesores, educó para el cielo al jóven Francisco de Sales, uno de los postreros, y tal vez el mayor de los servicios que prestó á la Iglesia y al mundo<sup>1</sup>.

Mientras que Possevino negociaba con los príncipes, otros Jesuitas, á cuya cabeza se hallaban los PP. Laterna, Arias y Scaraga, negociaban con los pueblos.

Esteban Bathori les habia franqueado la Polonia, la Transilvania y la Livonia, y les fundaba algunos colegios. Cristóbal Radzivill les costeó otro en su posesion de Nieswitz, mientras que se construía en Lublin un segundo; y en 1583 les ofreció la ciudad de Cracovia un establecimiento permanente dentro de sus muros. El P. Campan, provincial de Polonia, se ocupaba en visitar las vastas regiones de la Transilvania, siendo llamado en 1584 á la Dieta que se celebraba en esta provincia. Todos los senadores que la componian eran herejes; mas á pesar de eso apreciaban mas que su nueva creencia la educacion de sus hijos y la moralizacion de los hijos del pueblo, asunto de que no se ocupaban los pastores protestantes, que mandaban los suyos á educar fuera del reino. Como permitía la Dieta á los aldeanos que se eligiesen los maestros á su arbitrio, pidieron Jesuitas para la ense-

<sup>1</sup> Murió Possevino en Ferrara el 26 de febrero de 1611, á los 78 años de su edad y 52 de su ingreso en la Compañía de Jesús.

ñanza mas de seiscientas aldeas, cuyo ejemplo siguieron tambien las ciudades. El gobernador de la Silesia llamó tambien á los Jesuitas para que predicasen el Evangelio en esta provincia, que hacia cincuenta años estaba sumida en los errores del luteranismo, súplica á que accedieron sin demora los PP. Mateo Crabler y Esteban Corvino, pasando á evangelizar en aquella comarca; pero el senado de Breslaw alarmado por los resultados, no tardó en prohibir á los sectarios que fuesen á consultar á los Jesuitas. En la misma época penetraron en la Samogitia, donde fueron coronados sus esfuerzos con tal éxito, que escribiendo Melchor, obispo de esta provincia, al General de la Compañía, exclamaba: «En mi diócesis no hallaréis una sola persona que se haya confesado ni haya comulgado jamás, que sepa rezar el *Padre nuestro*, ni aun hacer la señal de la cruz. Dicen que no son luteranos porque no comen carne en día de viernes.» Segun el relato de su obispo, solo tenian estas poblaciones de católicos la abstinencia. Hiciéronles ver los Padres que no debian contentarse con sola esta práctica; el pueblo los escuchó, y bien pronto aprendió á conocer una religion, de que solo tenian una idea confusa y un amor instintivo.

Habia treinta Jesuitas en Transilvania. El contagio se derrama en esta comarca, y arrebató veinte, que mueren sirviendo á los apestados. Al saber semejante sacrificio el Rey, se apresura á escribir á Roma para rogar al General que reemplace los Padres muertos por la peste; mas en este intervalo el mismo Bathori espira en Grodno. Bajo el reinado de este grande hombre los Protestantes no se habían atrevido á oponerse á los progresos de los Jesuitas. Fue llamado al trono Segismundo, hijo de Juan III de Suecia, que contaba entonces veinte y un años. Los herejes proponen darle un preceptor de su secta; mas Segismundo, que ha recibido las primeras lecciones del catolicismo, y á quien Possevino y Warszewicz han educado en los principios de la fe, declara que no se sujetará jamás á esta condicion humillante. Los Protestantes le amenazan con negarse á pagar los impuestos si no consiente al menos en arrojar á los Jesuitas. El Rey resiste todavía; mas el P. Esteban Arator hace resonar imprudentes expresiones desde la cátedra de la verdad contra la nobleza luterana; y los Estados de la provincia reunidos en 1588 toman la resolucio de llevar á cabo su proyecto. Los Católicos estaban en minoría en

ellos. Acúsase á los Padres de que turban la tranquilidad de la Transilvania é introducen en ella la idolatría y el papismo. El Padre Wiecz, viceprovincial de Polonia, es admitido en la Dieta; pero en vano defiende en ella á su Compañía y á los fieles, á quienes se priva de su libertad religiosa. En 25 de diciembre de 1588 se da el decreto de expulsion, y los Jesuitas arrojados de la Transilvania por los Protestantes, son recogidos en Moldavia por un príncipe cismático.

La herejía triunfaba en aquella provincia, y los sectarios de Polonia, á quienes ya no reprimia la mano de hierro de Esteban, aspiraban al mismo triunfo. Reuniéronse en Varsovia los Estados del reino, en cuyo seno emitieron su voto los diputados de la ciudad de Riga, declarando que la Dieta les autorice á expulsar de su territorio á los Jesuitas; remítase al exámen de una comision compuesta de católicos y luteranos, y convinieron unánimes, en que para sostener en el ánimo de los pueblos el respeto debido á la autoridad real, importaba no revocar á la muerte de un soberano cuanto hubiese hecho en beneficio de los mismos. Bien conocian los herejes que sus mas peligrosos adversarios tomaban su origen en el seno de la Compañía, y que así los maestros como los alumnos, los misioneros igualmente que los neófitos, concurrían todos de mancomun á la reaccion del catolicismo en Alemania. Así lo ha demostrado palpablemente el Dr. Ranke, en su *Historia del papado*: «Las escuelas de los Jesuitas, dice este escritor, eran frecuentadas en Polonia principalmente por los jóvenes de la nobleza; y bien pronto observamos á estos alumnos de los Jesuitas emprendiendo la conversion de la juventud de las clases medias en todas las ciudades que habian permanecido fieles al protestantismo. Pero donde mas progresos hizo el catolicismo, y donde mas ejerció su influencia, fue en los nobles; puesto que solo en el colegio de Poulousk se contaban mas de cuatrocientos jóvenes de las primeras familias del reino. El general impulso que existía en el espíritu de la época, la enseñanza que dispensaban los Jesuitas, el celo del clero recientemente despertado, y los favores de la corte, todo esto concurría á disponer á la nobleza polaca á que volviese al seno de la Iglesia<sup>1</sup>.»

Los Padres habian seguido la misma marcha por todas partes,

<sup>1</sup> Ranke, tomo IV, pág. 13.

obteniendo en todas ellas idénticos resultados; sin que bastasen á intimidarles las vicisitudes inseparables de la reaccion, los peligros que les aguardaban, las fatigas de toda especie, las afrentas ni las injurias; pues si es verdad que los expulsaban de la Transilvania, y que se veian combatidos en todos los ángulos de Alemania, tambien lo es que en el centro de cada provincia germánica habian llegado á crearse una posicion inexpugnable, desde donde luchaban contra la herejía en provecho siempre de la unidad católica.

«Es extremadamente digno de notarse, continúa el Dr. Ranke<sup>1</sup>, el cambio tan rápido, y sin embargo tan duradero, que tuvo lugar en estas comarcas. ¿Y se deberá deducir de aquí que el protestantismo no se hallaba arraigado aun en el corazón de las masas? ¿ó bien se deberá atribuir esta revolucion á la diestra propaganda de los Jesuitas? Al menos no carecieron de celo ni de prudencia: sin embargo, ya los veis diseminarse sucesivamente por todos los parajes que los circundan, fascinando y atrastrando en pos de sí á la multitud; siendo sus iglesias las mas frecuentadas. ¿Podrá hallarse en parte alguna un luterano versado en la Biblia, cuya enseñanza ejerza tanto ascendiente sobre sus vecinos? Ellos emplean cuantos medios pueden imaginarse para catequizar, y casi siempre consiguen su objeto; ¡tan acostumbrados están á la controversia! Se muestran caritativos, asisten con esmero á los enfermos, y por todas las vias tratan de reconciliar las enemistades, empeñando con juramentos sagrados á conservar la fe católica á todos aquellos en quienes la han inoculado. Adviértese por todas partes á los fieles afiliarse bajo su enseña, y acudir con ellos á todas sus peregrinaciones; y se observa, por último, que aquellos mismos sujetos que poco antes eran protestantes celosos, se reunen con ellos en sus procesiones.

«Los Jesuitas tienen la gloria no solo de formar príncipes eclesiásticos, sino tambien temporales. ¿Qué otra cosa son sino, esos dos poderosos alumnos Fernando II y Maximiliano I, que aparecieron en la escena política del mundo á fines del siglo XVI?»

«En esta época, prosigue el escritor protestante, — y sus palabras verdaderamente llenas de franqueza, son dignas de ocu-

<sup>1</sup> Ranke, tomo IV, pág. 19.

«par un puesto en la historia, — en esta época vivia aun el anciano Julio de Wurzburg, el primero que proyectó la contra-reforma: el príncipe electoral Schveikard de Maguncia ejercía tambien en la misma las funciones de archicanciller con raro talento: los dos príncipes electorales del Rhin eran tambien unos sujetos dotados de una gran resolucion y actividad: á la sazón aparecieron del mismo modo Maximiliano de Baviera, hombre de raro ingenio, al par que excelente administrador, y el archiduque Fernando, de una irresistible firmeza de alma, basada en el ardor de su fe: todos estos hombres eminentes salieron casi todos de los Jesuitas, tan diestros en despertar elevados y vastos impulsos en el ánimo de sus alumnos. Estos príncipes eran tambien reformadores, y habian realizado con la fuerza de su fe la restauracion religiosa, tal como la vemos en el día.»

«Así es, añade el profesor en la universidad de Berlin<sup>1</sup>, como procedieron ambos príncipes bávaros, Ernesto y Fernando de Colonia, y el príncipe electoral de la casa de Meternich, Lotario, soberano dispuesto siempre á prestar justicia, vigilante y celoso por los intereses de su país y familia, afable y no muy severo, á no ser en los actos concernientes á la Religion. Este Príncipe, que no toleraba á los Protestantes en su corte, adjudicó en Tréveris muchos establecimientos á los Jesuitas, de quienes habia sido discípulo, y á los que empleó constantemente en su territorio.»

Imposible es dudar de la exactitud de este cuadro, trazado por una mano luterana, y que nos manifiesta cuán poderosa fue en la Germania la accion de los Jesuitas. Y ahora que, á pesar de los inauditos esfuerzos de la herejía, domina aun en el Norte el catolicismo, no creemos haya necesidad de indagar á quién es deudora la Santa Sede de este triunfo sobre las pasiones conjuradas contra la Iglesia. Los Jesuitas ejercian una influencia positiva sobre los soberanos, influencia que no era menos incontestable sobre los pueblos, y de la que el Dr. Ranke cita un ejemplo palpable.

«En Alemania, dice, se creyeron los príncipes eclesiásticos como especialmente obligados á reconducir á sus súbditos al catolicismo; y en el mismo instante pusieron manos á la obra los Jesuitas. Juan Adam de Bicken, príncipe elector de Magun-

<sup>1</sup> *Historia del Papado*, por Ranke, tomo IV, pág. 48.